

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

11

JULIO-SEPTIEMBRE

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOCHF

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país. \$7.00

Exterior. dls. 2.00

Número suelto. \$2.00

Número atrasado. \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
W. Dilthey	<i>La esencia de la Filosofía (I)</i>	11
Eduardo García Máynez	<i>El Problema de la Libertad Moral en la Etica de Hartmann</i>	39
Rodolfo Mondolfo	<i>La Etica Antigua y la Noción de Conciencia Moral</i>	65

LETRAS

J. Ignacio Dávila Garibi	<i>Algunas disquisiciones acerca del vocablo "Tapatio"</i>	91
José Luis Martínez	<i>Vida del Libro</i>	111

HISTORIA

Alfonso Reyes	<i>Un Paseo por la Prehistoria (I)</i>	127
Rafael Heliodoro Valle	<i>Algunos Franceses en México</i>	153

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

Joaquín Xirau	<i>Teoría del Estado.</i> (Hermann Heller.)	163
-------------------------	---	-----

	<u>Págs.</u>
Luis Recaséns Siches	<i>El secreto del bien y del mal.</i> (José Romano Muñoz.) 167
 <i>L e t r a s</i>	
Agustín Millares Carlo	<i>Anuario Bibliográfico Mexicano 1940.</i> (Julián Amo.) 173
Ferrán de Pol	<i>Mi tía Carolina Coronado.</i> (Ramón Gómez de la Serna.) 174
Agustín Millares Carlo	<i>Disquisiciones Bibliográficas.</i> (Juan B. Iguíniz.) 176
 <i>H i s t o r i a</i>	
Ferrán de Pol	<i>Enciclopedia de la Música.</i> 179
Rafael Heliodoro Valle	<i>Polonia, los Eslavos y Europa.</i> (Edmundo Stefan Urbański.) 181
Noticias	183
Publicaciones recibidas	187

Un Paseo por la Prehistoria

1. *Propósito de este ensayo.*

Ofrezco un sencillo sumario que a unos sirva de rápida recordación y a otros de introducción y compañía para sus lecturas personales; un cuadro de referencia que ayude a poner las nociones en su sitio, lo cual es el principio teórico del bien. No se trata de trazar, siquiera en boceto, el campo completo de la prehistoria, sino de guiar los primeros pasos del aficionado al estudio de las humanidades, cuyo primer capítulo es aquel desprendimiento gradual de las características humanas en la materia zoológica.

Estas revisiones de conjunto, destinadas al ciudadano más que al erudito, parecen indispensables en una época de especialidades inconexas, inaccesibles a quien no puede consagrarles todo su esfuerzo, cuando la misma dispersión del saber ha hecho olvidar las bases éticas. El que lo sabe todo encuentra siempre algún encanto en volver a los rudimentos. El que sabe poco agradece el servicio, y en la suma de ideas generales halla alivio a sus curiosidades latentes y estímulo, acaso, a su vocación.

Queda condenado todo apetito de originalidad: la herencia humana no se inventa, se cataloga. Queda frenado provisionalmente todo excesivo atavío de forma que perturbe la neutralidad del servicio ofrecido. Lector: éstos son apuntes de un estudiante cedidos a otros estudiantes.

2. *La base física.*

La época de la aparición del hombre es incierta. ¿Podrá situársela aproximadamente hace cien mil, doscientos mil, trescientos mil, quinien-

tos mil años, o hace un millón de años? Lo único en que reina acuerdo es que, de las tres eras en que se divide la historia del planeta, cada una subdividida en períodos con fases distintas, los mamíferos aparecen en la terciaria o cenozoica; y que, con los últimos períodos de ésta, pleistoceno y reciente, algunos forman la era cuaternaria o antropozoica en que ya es indiscutible la presencia del hombre.

También es incierto el lugar donde se registran los primeros rastros humanos: ¿Africa septentrional o meridional, Asia occidental, lejano Oriente, Oceanía, continente europeo? Por último, se discute si la humanidad surgió en varias regiones propicias o en un solo foco de donde luego se difundió al resto de la tierra. Sobre todo ello hay conjeturas, teorías, escuelas. Como alguna vez se habló del posible origen del hombre en América, conviene desde luego descartar esta hipótesis. "Hoy en día... y a pesar de las ideas avanzadas hace algunos años por el argentino Ameghino, pocos sostendrán que la cuna de la humanidad deba buscarse en América." (P. Martínez del Río, *Los orígenes americanos*, México, 1936, pág. 13.) "Cuando el hombre aparece en América, ya es una forma completamente evolucionada, con una cultura comparable a la del paleolítico superior del antiguo continente. Al parecer llegó al nuevo mundo procedente del nordeste de Asia, no hace más de treinta mil años ni menos de diez mil." (R. Linton, *Estudio del hombre*, tr. F. Rubín de la Borbolla, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, pág. 29.)

Sobre el origen del hombre hay dos grandes doctrinas, la sobrenatural que para nosotros se reduce a la tradición bíblica del *Génesis*, creación divina de Adán y Eva; y la natural que trata de situar a la especie en la base animal, estudiando su configuración física y su régimen fisiológico, como resultado de enormes evoluciones semejantes a las que se registran en los demás seres animales. El primero es el punto de vista simbólico de la religión y el segundo el punto de vista científico de la antropología física.

No siempre se consideraron como necesariamente incompatibles. De lo contrario, no se entendería que haya antropólogos cuya lealtad a la religión nadie pone en duda. En nuestros días, sólo los salvajes del Tennessee se figuran todavía que las teorías científicas hacen daño a la creencia, cuando lo uno y lo otro son órdenes distintos y no convertibles. Nuestra hermosa tradición hispánica da muestras de haber considerado estas cuestiones con la generosidad que permite la verdadera confianza en las obras divinas, como pronto veremos.

La doctrina natural será el fundamento de nuestra exposición. Sobre la doctrina sobrenatural, encontramos esta presentación de la leyenda mosaica y la historia del Edén en los primeros documentos de la prosa castellana ya organizada: "Estas que habemos dicho son las generaciones del cielo et de la tierra, de cuando fueron criadas en el día en que Dios crió el cielo e la tierra, e otrosí todos los árboles e las hierbas ante que naciesen en ella nin levantasen semiente nin fruto, ca non lloviera Dios aún en la tierra nin era aún otrosí fecho el homne que la labrase; mas diera Dios en la tierra una fuente que subie e regaba toda la faz de ella, e manteniese la tierra de aquesta guisa. Onde formó enpós esto nuestro señor Dios el cuerpo del homne del limo de la tierra et aspiró en el respiramiento de vida; e fué el homne fecho e acabado con alma viva.—Et plantara nuestro señor Dios luego de comienzo un logar muy vicioso (*abundante*) contra orient. Et a aquella tierra dixieron después Edón, e yace en el mar Occéano; et según dice Augustín en la Glosa, "Edón" es "deleites". Ca habie y (*allí*) árboles de todas maneras que levantaban frutos fermosos de vista e sabrosos de comer; et llámanle Paraíso Moysén e los otros sabios; et Paraíso quiere decir tanto como logar de cerca la gloria, porque tan vicioso es aquel logar, que el su vicio tan grande es, que a cerca llega de la gloria del Paraíso celestial. Et crió Dios allí de la tierra humorosa todo árbol que a homne pudiese tener vicioso.—Et en medio del Paraíso crió el árbol de la vida e de saber el bien e el mal... Dixo Dios entonces: Non es bien que el homne sea solo; e adúxol (*trájole*) esora delante todas las animalias que formara de la tierra... et entre todas non habie ninguna en quien él delectase... Estonces metió sueño en él en Paraíso e adormeciol; et él durmiendo tomol una de las costiellas, e henchió de carne el logar donde la tomara, e fizo de aquella costiella la mujier; et desí adúxola a Adam e mostrógela; et Adam cuando la vió dixo: ¡Oh este hueso agora era de los míos huesos e carne de la mía carne! E ésta será llamada varonesa o varonil porque fué tomada del varón." (Alfonso el Sabio, *General Estoria*, Génesis, Pról., III-IV.)

Pero nadie tuvo por hereje a Fray Luis de Granada, quien por una parte sustenta el dogma de que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, en el orden de la gracia, y por otra, en el orden de la naturaleza, recoge sin el menor escándalo estas nociones predarwinianas: "Y para que se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mujeres, y vean de qué se vanaglorian, sepan que los cuerpos que los antiguos halla-

ron más semejantes a los nuestros, aunque sea vergüenza decirlo, fueron los de las monas y puercos. Y así Galeno, que más divina y largamente trató esta materia, se rigió en todo lo que escribió por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas, los cuales hallaron por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los de estos animales. Así que por ser esta materia tan varia y de tanta sutileza, no me debo entremeter en ella; puesto caso que no hay en ella hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Creador, que esto trazó." (*Introducción del Símbolo de la Fe*, I, xxiv.)

La antropología, para explicar el proceso mediante el cual se modela la estatua humana, se funda en los vestigios materiales y en el ejemplo de las poblaciones retardadas que persisten todavía hoy en estado primitivo. Es una de las ciencias más nuevas; como tal, confunde a veces sus límites y problemas, procede por tanteo y conjetura y apenas ha superado la etapa de las ambiciones excesivas, característica de la infancia de la investigación. Tiene que considerar a la vez al hombre como individuo aislado, y como miembro de una agrupación social embrionaria; como objeto de fisiología, como objeto de psicología y como objeto de sociología. La combinación de estos cuatro elementos: individuo, grupo, cuerpo y psique, nos da los capítulos fundamentales de la antropología. "La arqueología prehistórica es de ayer, y no hubiera podido existir antes que la geología, la paleontología y la antropología anatómica fuesen abriendo sus caminos y dándole sólida base, sin la cual no hubiera pasado de novela científica o de curiosidad insustancial." (Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, 2ª ed., Prolegómenos, I.)

La antropología nos habla de varios esbozos de hombre, de que algunos pudieron ser pasos en falso y otros son ya antecedentes directos. La tesis de la descendencia del mono actual, que tanto lastima al sentido común, no es científica por fortuna, y por eso es un dislate hablar del "eslabón perdido". Pues a lo sumo habría un antecesor común cuya descendencia se diferenció hace tanto tiempo que ya no podrá ofendernos nunca con su vergonzosa presencia. El entroncamiento se establece así teóricamente: 1º Vertebrados; clase mamíferos; orden primates superiores; subórdenes lemuroides, acaso társidos, y antropoides. 2º Los antropoides tienen dos grupos: platirrinos (del nuevo mundo) y catarrinos (del antiguo continente). Los catarrinos tienen cuatro familias: cercopitécidos, hilo-bátidos, sínidos o monos antropomorfos, y homínidos que son propiamente

te los tipos del hombre fósil y el hombre actual. Los homínidos más antiguos hasta hoy encontrados son: el pitecántropo erecto de Java y el sinántropo pequinense de China. Acaso deban añadirse el australopiteco africano y el extraño hombre de Piltdown o eoántropo dausoniano. Pero éstos son tipos extravagantes, y la verdadera serie, que tal vez comprende al sudafricano hombre de Rodesia, debe establecerse así: pitecántropo—sinántropo—neandertalense. El neandertalense es nórdico con respecto a los otros dos, posterior a ellos y habitante de climas fríos. Son todos tipos infrahumanos y la ciencia los considera más bien como procesos interrumpidos, concediendo en cambio los honores de la ascendencia segura al “homo sapiens”, tal vez bifurcado del neandertalense en el hombre de Palestina, pero llamado a la definitiva perduración. Es especie tropical, de climas templados, y es posible que haya contribuido a exterminar al de Neandertal, que no le aparecía como un semejante.

El biólogo L. Bolck piensa que en la definitiva configuración física del hombre han ejercido influencia determinante ciertos elementos orgánicos (hormonas retardatorias) cuyo efecto ha sido una retardación del proceso animal y su consiguiente y mayor perfeccionamiento. Así, entre todos los mamíferos, el hombre tiene una preparación más lenta durante la etapa infantil, una estabilidad más duradera en la edad adulta, y una conservación más dilatada, de vida puramente somática, cuando sobreviene la desaparición de sus facultades reproductivas. La cabeza del hombre parece detenida en el estado fetal, habiéndose atajado en el embrión el desarrollo de las mandíbulas, sin llegar hasta el cabal hocico de los mamíferos superiores o al extremo de la forma simiesca. (L. Bolck, *La “humanización” del hombre*, en *Revista de Occidente*, Madrid, diciembre de 1927 y enero de 1928.)

Conviene recoger una observación fríamente científica, aunque resulte repulsiva. Pues de todo ha habido, bueno y malo, para llegar a modelar la estatua humana. “Y titubeo en exponer aquí, aunque sea en forma de pregunta, una idea que se me ocurre siempre que reflexiono sobre este punto: ¿No es posible que la antropofagia haya desempeñado un papel importante, que haya sido un estímulo para la evolución superior de la humanidad? ¿No están más retardadas aquellas razas cuya alimentación se compone principalmente de elementos vegetales? ¿No está comprobado que la cultura superior comienza precisamente en las razas cazadoras de tiempos remotos?” (L. Bolck.) Esta sugestión ha de acogerse con todas las reservas con que la propone el sabio holandés, y en ningún caso autoriza pa-

ra prescribir deberes feroces al hombre civilizado actual, ya biológicamente integrado, como lo hacen los que interpretan a Spengler ridículamente cuando, por el estudio de ciertos caracteres animales de origen (manos prensiles, ojos de frente para fascinar a la víctima, etc.), se creen autorizados a concluir que el hombre tiene el deber de portarse como animal de presa. Según esto, deberíamos vivir en cuevas.

El filósofo caníbal brasileño explicaba: "Muerto mi enemigo, prefiero comérmelo a que se desperdicie... El mal no está en ser comido, sino en morir. Muerto yo, me da lo mismo que me coma o deje de comerme el enemigo de mi tribu." Y Montaigne, al asomarse a estas costumbres exóticas, confesaba que, más monstruoso y bárbaro todavía que el devorar al prójimo, era el torturarlo hasta la muerte con pretextos piadosos, como en su tiempo lo hacían los pueblos civilizados. Hoy lo hacen sin pretexto alguno: por el honor de la crueldad. Cuando se descubre que es más provechoso hacer trabajar al prisionero que devorarlo, el canibalismo evoluciona hacia la esclavitud.

A este respecto, recuérdese cierto pasaje de Herodoto (III, 38). El monarca persa Cambises, a ratos loco arrebatado y a ratos frío escéptico, se divertía en enfrentar a los filósofos de la India y a los de Grecia, para que se escandalizaran mutuamente describiendo sus respectivos ritos funerarios: tan espantoso resultaba a los indos el incinerar el cadáver del padre, según la piadosa costumbre helénica, como a los griegos el devorar el cadáver del padre, según la piadosa costumbre indostánica.

3. *Cultura paleolítica.*

Sobre la base física se desarrolla el mínimo de maduración mental indispensable para que el hombre pueda considerarse verdaderamente humano. Pues la primitiva existencia humana es casi animal. Se reduce al ataque y defensa ante el ambiente, la fauna y aun los semejantes, sean adversarios individuales, sean grupos hostiles o masas supernumerarias no incorporadas. Es vida de cuevas y abrigos rudimentales, armas e implementos embrionarios, que quedan en yacimientos subterráneos donde los ha ido enterrando el polvo que todo lo borra. La base del instrumento primitivo es la imitación del mundo natural que rodea al hombre, de donde brotan inspiraciones, sobre todo ante la contemplación de lanzas, bastones y toldos vegetales, y de las armas con que nacen provistas las bestias, picos, ga-

rras, etc. Pero si el animal es prácticamente estable, el hombre es visiblemente progresivo, y esta celeridad de su existencia social es el fermento de la historia.

La transformación de los grupos humanos cede a dos impulsos: la indagación y la imaginación, la lógica y la poesía, que se complementan en el proceso. La indagación resulta de la duda, del sentido problemático, y tiene una base doble: la base natural o ecológica, que plantea la cuestión de encontrar el equilibrio saludable entre el individuo y el ambiente, datos ambos en movimiento y cambio; la base cultural, que se refiere a la comunicación y tradición social de las conquistas aseguradas, de que el lenguaje es ejemplo máximo e instrumento por excelencia. La imaginación, entendida a la vez como recuerdo, presentimiento de esperanza e invención gratuita, cuyas primeras manifestaciones son la atribución de un sentido humano a las cosas, o antropomorfismo, y el descubrimiento de realidades invisibles (ya por las imágenes del sueño o por percepciones sensoriales de cierto orden como rumores, olores, cabeceo de los árboles en el viento), enriquece el proceso de la indagación y poco a poco se desprende hasta vivir por sí misma. De aquí lo literario difuso en el espíritu y, después, la literatura: primero la indecisa materia prima, y luego su fijación en formas verbales que comienzan por ser mnemónicas y habladas y, tras un proceso secular, llegan a ser gráficas. Orales o gráficas, son depósito para la conservación de las instituciones que van dando reglas a la sociedad.

Los utensilios y armas primitivos eran de madera, de hueso, y los preferibles, de piedra. Se usaban unos martillos primitivos o manos de mortero, hachas de mano amigdaloides o en forma de grandes almendras, cuchillos, cinceles, punzones, lanzas y picas. La piedra es apenas desbastada, de donde el nombre de Edad de la Piedra Pulida. En centenares de años se descubren evidentes progresos. El primer aderezo de la cueva surge del anhelo de comodidad y adorno. El sentimiento estético es una forma difusa de la actividad espiritual, y hasta un molde de todas las percepciones humanas, aunque lentamente se especializa en las bellas artes y en las bellas letras. Los primeros dibujos que el primitivo graba en los muros de sus cuevas representan animales y escenas de cacería, a veces por placer, a veces por conmemoración de fastos gloriosos, y sin duda al mismo tiempo por una idea de apoderamiento mágico del objeto dibujado.

El alba del espíritu es la conciencia de la propia vida, cuando el hombre vuelve los ojos sobre el misterio de su existir y se interroga. Algunos investigadores poéticos creen ver una interrogación semejante en los ani-

males superiores, sobre todo cuando se enfrentan con el hombre en suerte de domesticidad y no ya de combate. Para el hombre, este reflexionar llega a confundirse con la esencia de su existir. Por eso dijo Descartes: "Pienso, luego existo", y Cicerón, muchos siglos antes: "Vivir es pensar." (*Questions tusculanas*.) Y tal vez se inspiraba Gracián en este pasaje cuando hacía exclamar a su hombre solitario: "¿Qué es esto, decía, soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo. Mas, si soy, ¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado este ser y para qué me lo ha dado?" (*El Criticón*.) El hombre es el Segismundo de Calderón que, atado a su destino, se devana a fuerza de preguntas y compara su estado de libertad natural con el de los demás entes de la creación, "un cristal, un pez, un bruto y un ave".

Libertad y dependencia, he aquí la primera y última antinomia. En los albores de la conciencia humana aparece este sentimiento: nuestra dependencia de algunos poderes superiores. Estos, primero, son tangibles: meteoros, agentes y fenómenos naturales que escapan a nuestra voluntad y, por eso mismo, nos someten en cierto grado. La imaginación contribuye luego sus cosechas de entes invisibles. El instinto defensivo viene a fertilizarla. Y así nace paulatinamente la religión, desde los ritos propiciatorios inconexos, pasando por los burdos sistemas de dominio mágico, hasta la plegaria y, en fin, la adoración desinteresada. Se asciende del grosero animismo al dios filosófico, recorriendo todas las etapas intermedias fetichistas, supersticiosas y eclesiásticas. Dan testimonio de ello las posturas rituales de los cadáveres enterrados entre objetos y utensilios juzgados indispensables para la otra vida, los amuletos y estatuillas de las primitivas moradas, las supervivencias que aún se encuentran en grupos humanos no evolucionados. Y nótese que ya el hombre de Neandertal, apenas hombre, parece que practicaba ritos de enterramiento.

"La curiosidad o afición al conocimiento de las causas nos lleva de la consideración del efecto a la investigación de la causa, y a su vez a la causa de la causa, hasta que necesariamente se llega, en definitiva, a pensar que hay alguna causa de la que no puede existir otra causa anterior si no es eterna: lo que los hombres llaman Dios. Así, es imposible hacer una investigación profunda en las leyes naturales sin propender a la creencia de que existe un Dios eterno, aun cuando en la mente humana no puede haber ninguna idea de El que responda a su naturaleza. En efecto, del mismo modo que un ciego de nacimiento que oye a los demás hablar de calentarse al fuego, conducido ante éste puede fácilmente concebir y ase-

gurarse de que existe algo que los hombres llaman fuego, y que es la causa del calor que siente, pero no puede imaginar qué cosa sea, ni tener de ello en su mente una idea análoga a los que lo ven, así por las cosas visibles de este mundo y por su orden admirable puede concebirse que existe una causa de ello, lo que los hombres llaman Dios, y sin embargo, no tener idea o imagen de él en la mente. Y quienes se preocupan poco o nada de las causas naturales de las cosas, temerosos por lo menos de su ignorancia misma acerca de lo que tiene poder para hacerles mucho bien o mucho mal, propenden a suponer o imaginar por sí mismos diversas clases de poderes invisibles, y están pendientes de su propias ficciones, invocando a esos poderes en tiempos de desgracia, y mostrándoles su gratitud cuando existe perspectiva de éxito; así hacen dioses de las creaciones de su propia fantasía. Por eso tenía que ocurrir que, de la innumerable variedad de fantasías, los hombres crearan en el mundo innumerables especies de dioses. Y este temor de las cosas invisibles es la semilla natural de lo que cada uno en sí mismo llama religión, y en quienes adoran o temen poderes diferentes de los propios, superstición. Y habiéndose observado por muchos esta simiente de religión, algunos de quienes la observan propendieron a alimentarla, revestirla y conformarla a leyes, y a añadir a ello, de su propia invención, alguna idea de las causas de los acontecimientos futuros, mediante las cuales podían hacerse más capaces para gobernar a los otros, haciendo entre los mismos el máximo uso de su poder." (Hobbes, *Leviatán*, trad. M. Sánchez Sarto. México, Fondo de Cultura Económica, 1940, págs. 85-86.)

Defendámonos de la tendencia a menospreciar lo que hoy es obvio y en su día fué un adelanto genial: el número, la palabra, el uso del fuego, etcétera. Comencemos por la conquista del fuego, acaso la más portentosa del hombre primitivo, y aun del infrahombre, puesto que en la cueva del sinántropo pequinense hay "señales inequívocas del uso del fuego". (Linton.) Medítese lo que significa este descubrimiento en la época de los desbordes glaciales del norte al sur, desbordes que diezmaron la raza humana y ponen término al paleolítico.

"Resulta extraño que los orígenes del uso y producción del fuego no hayan sido objeto de especiales averiguaciones. Es seguro que los fabricantes de eolitos, los más antiguos y embrionarios instrumentos de peder-nal, inevitablemente sacaron chispas de la piedra, puesto que su manufactura era de percusión y no de frotamiento. El método de frotamiento sólo aparece en el período de la cueva llamado musteriano. La percusión hizo

al artista enfrentarse con la forma más difícil y menos utilizable del fuego. Imposible pensar que a primera vista se haya descubierto la identidad entre la chispa y el fuego que aparecía, por ejemplo, en los incendios de los bosques, fenómeno harto frecuente en la Edad de Piedra, cuyo clima era tropical. El genio que por primera vez descubrió esta conexión puede ser comparado con el que por primera vez asoció la cópula con el nacimiento de un hijo, inferencia que todavía no alcanzan muchas tribus retrasadas de nuestro tiempo. Tal vez aconteció que alguno rompía pedernales junto al musgo seco y, sin querer, encontró la yesca natural. Los documentos arqueológicos, mucho más fidedignos que estos atisbos "a priori", demuestran que alguien había ya descubierto las propiedades ígneas de las piritas de hierro. Este mineral, que aparece en nódulos y cristales brillantes, bien puede atraer a cualquier niño o salvaje. Varias piezas se encuentran en las cavernas, entre los yacimientos paleolíticos. Es de creer que se las usaba para obtener fuego. Aun así, la etapa de la yesca y el pedernal, que apenas hemos superado recientemente, no resuelve de una vez el problema del alumbrado permanente, a menos de mantener una hoguera constante. Pronto algún espíritu inventivo de aquella edad descubrió que el aceite animal puede alimentar una mecha. En efecto, en las cuevas paleolíticas hay lámparas de piedra con recipientes para el combustible líquido. Otra demostración de que en las cuevas había lámparas o, al menos, teas durables, nos la proporciona el hecho de que aparezcan pinturas en los rincones más profundos adonde no llegaba la luz del día. Y tales pinturas deben de haber requerido mucho tiempo y, por consecuencia, luz artificial. Chispa, yesca y lámpara son las tres etapas del invento. No es asombroso que hayan necesitado varios miles de años... Es seguro que el primer tipo de hombre hasta hoy conocido, el *Homo Sinanthropus*, cuyos vestigios se encontraron en Chou Kou Tien, cerca de Pekín, en 1929, usaba ya el fuego, a juzgar por los rastros de sus utensilios." (Stanley Casson, *Progreso y catástrofe*, cap. II.)

Los griegos expresan todavía el asombro con que la mente humana consideró el descubrimiento del fuego voluntario. Lo veían como una conquista tan enorme, que venía a ser una extralimitación o "hybris" de los poderes asignados al hombre por la voluntad de la naturaleza, una ruptura de los cánones establecidos por el orden divino. En tal concepto, semejante descubrimiento merecía un castigo celeste. De aquí el mito de Prometeo, robador del fuego de los abismos, que entregó a los hombres su secreto y que fué condenado a ser devorado en vida por el buitre de Zeus.

En la tragedia de Esquilo, Prometeo, encadenado a la roca del Cáucaso por la Fuerza, la Violencia y el divino herrero Hefáistos, se lamenta en términos que vamos a transcribir, aunque signifiquen una anticipación literaria a la época que consideramos, pues es el más viejo e ilustre testimonio del caso.

“¡Oh divino éter y aligeras auras y fuentes de los ríos y perpetua risa de las marinas ondas; y tierra, madre común, y tú, ojo del sol omnividente: yo os invoco! Vedme cuál padezco, dios como soy, por obra de dioses. Contemplad cargado de qué oprobios lucharé por espacio de años infinito. Tal infame cadena tuvo para mí el nuevo rey de los felices. ¡Ay, que lamento el mal presente y también el futuro! ¿Cuándo asomará el término de mis penas? Mas ¿qué digo? Cuanto ha de suceder bien lo sé de antemano: ningún mal inesperado me avendrá. Forzoso me es llevar mi destino lo mejor que pueda, como quien conoce que el rigor del hado es invencible. Con todo ello, ni puedo hablar de mis desdichas ni soy poderoso a callarlas. Sin ventura yo, que dispensando favor a los mortales, sufro ahora el yugo de este suplicio. Tomé en hueca caña la furtiva chispa, madre del fuego. Lució, maestro de toda industria, comodidad grande para los hombres. Y de esta suerte pago la pena de mis delitos, puesto al raso y en prisiones.” (Trad. F. Segundo Brieva Salvatierra.)

Y luego se nos explica que el “nuevo amo” del Olimpo quiso destruir la raza humana (¿por el hielo acaso y los diluvios?) y que Prometeo la amparó, dándole por arma principal el fuego, del que han de nacer artes incontables y comodidades de la vida. Tal parece que el viejo poeta quisiera recordar vagamente la tradición de algún cataclismo, de algún acontecimiento inusitado, que equivale a un “orden nuevo” en las condiciones del mundo físico, desequilibrio en el cual los hombres lograron sobrevivir gracias al prodigioso invento. Esta interpretación geológica del mito no agota todo su sentido, pero no creemos que sea desatinada.

4. *Cultura neolítica.*

Continúa en este período la lucha por la mejor defensa y el mejor sustento, lo cual desarrolla las técnicas y la cultura. La Piedra Pulida que ahora muestran los yacimientos es más aguda y filosa. Véase una supervivencia en el afilador que suele recorrer las calles anunciándose con su silbato, y cuya técnica data de hace unos diez mil años. El mango de palo

se inserta en la pétrea mole del hacha o mazo, gran invento analítico de la empuñadura, comparable a lo que será el asa para el jarro. He aquí ya el arco y la flecha; dagas, leznas, sierras, escoplos, las más veces de piedra pulimentada y otras veces de hueso. He aquí la primitiva alfarería de barro cocido, que un día inspirará la industria del pan. He aquí la candorosa agricultura de la cebada, el trigo, el mijo, el lino y la lenta domesticación de otras plantas útiles. Los tejidos de fibra, de antiguo usados en las cestas, comienzan a extenderse al lino y a la lana, lo que permite complementar y aun sustituir los toscos abrigos de cuero y pieles crudas. El animal viene a vivir con el hombre, sobre todo para ser empleado en el arado y la carga.

Todavía los ritos arcaicos nos permiten apreciar hasta qué punto el toro, que convive en el hogar humano y come los alimentos del hombre, auxiliándolo en sus faenas, guarda con la tribu una relación sagrada y entendida como vínculo consanguíneo. Cuando es necesario sacrificar al toro, la sangre derramada exige como la sangre humana una venganza—aunque sea simbólica— y una purificación ulterior. Iguales prácticas se encuentran en la Grecia arcaica o entre las tribus semíticas y entre los tudas de la India meridional. Muchas veces se prefirió al animal salvaje para los sacrificios, y otras se escogió al animal doméstico, por lo mismo que se lo honraba y deificaba en sí mismo, criándolo y nutriéndolo (antes de que se llegara a la nítida idea de un dios personal y distinto) para que su vigor natural engendrara por su sola virtud la fuerza de la tribu. Se supone así que el animal desea morir para los suyos, para sus hermanos los hombres.

“Sobre esto hay un pasaje clásico en Teofrasto, donde se describe el festival ateniense llamado ‘bouphonia’ o sacrificio del buey, el cual suponía un ritual muy elaborado para la absolución de los varios actores que participaban en la ceremonia de la matanza del amigo. El matador tiene que huir para salvar su vida. Todos los que intervienen en el hecho son sometidos a juicio por asesinato. Primero se juzga a los que acarrearón el agua para afilar las armas, pero ellos sólo responden de haber acarreado el agua, ellos no aguzaron hacha ni cuchillo. Después se acusa a los afiladores, y ellos entregan a los que de ellos recibieron las armas afiladas. Estos, a su vez, entregan al que abatió a la víctima con el hacha, el cual se descarga sobre el que la degolló. Este acusa al cuchillo que, declarado solemnemente culpable, es arrojado al mar. Y además de esto, se ha hecho un arreglo imaginario para convencerse de que el buey se ha dirigido al

altar por propia y libre decisión y ha comido los granos del sacrificio, mostrando así su deseo de ser victimado. Y todavía después, la res es rápidamente rellenada, parada en las cuatro patas y uncida al arado como si nunca se la hubiera tocado: todo fué un mal sueño." (G. Murray, *El desarrollo de la épica griega*, III.)

Todavía el poeta labriego Hesíodo, que habla del buey con una ternura familiar, concentra en tres bienes la felicidad: "Arréglate para tener una casa, una mujer y un buey de labor; una mujer comprada, no esposa, que pueda seguir a los bueyes." (*Los trabajos y los días*, 405.) La mujer detrás del buey, como su auxiliar y complemento. Y aunque en Homero, singularmente en los campos de batalla, los héroes de la *Iliada* proceden a las matanzas de bueyes con cierta belicosidad sanguinaria, cuando han sido devueltos a sus costumbres hogareñas ponen máxima dulzura y unción en el sacrificio. Como Atenea se ha dejado ver por Pilos, en casa del viejo Néstor, éste considera indispensable honrarla y acaso de buena política renovar el vínculo entre el hombre y la divinidad mediante un sacrificio sagrado: "Que me vaya uno sin demora al campo a buscar una vaca y que a toda prisa me la traiga el boyero; que me llame otro a la gente que tripula el barco negro del bravo Telémaco y sólo queden dos de guardia; que un tercero convoque al dorador Laerkes para que nos dore los cuernos de la res. Y vosotros, todos aquí, nadie se me disperse; y que avisen a las mujeres en sus aposentos para que dispongan los aprestos, y traigan asientos y leña y agua de la más pura." (*Odisea*, III, 420 y ss.) Todo se hace como ha sido mandado. El dorador se esmera, el boyero acerca a la víctima. El agua lustral es traída en la jofaina de las flores, lo mismo que la cesta de cebada. Uno se apronta con el hacha y otro con las cubas para la sangre. Néstor derrama el agua lustral y la cebada, e invoca a Atenea que todo lo ve satisfecha; arranca unos pelos de la res que tira al fuego, entre las oraciones de todos. El hacha ha trozado ya las vértebras del cuello, y cuando la bestia cae exánime, se alzan los clamores sagrados de las hijas y de las nueras, y de Eurídice, la vieja reina, primogénita entre los retoños de Clímenes. Y así continúa la ceremonia entre libaciones y comuniones, mientras se asa la carne atravesada por astas que los oficiantes sostienen a dos manos.

Pero dejemos tales escenas ya históricas y volvamos al vetusto relato. Del nomadismo cazador se ha pasado, pues, a la agricultura sedentaria, y la vida comunal recibe fomento apreciable. Se edifican grupos de casas ya al abrigo de las rocas en los precipicios, o ya en plataformas con palizadas

o sobre palafitos como los descubiertos en los lagos de Suiza. Todo para la mejor protección del grupo contra los agentes naturales, las fieras o las tribus adversas.

Del paso del nomadismo a la edificación lacustre tenemos ejemplos tardíos en Venezuela (lago Maracaibo) y en México. Creemos que la leyenda del oráculo que condujo a los aztecas a fundar su gran Tenochtitlán en medio de los lagos debe ser interpretada a la luz de las consideraciones defensivas. La larga emigración de norte a sur, cortada por algunas estaciones en el camino, parece significar que los aztecas eran rechazados de todas partes por los pueblos ya establecidos. Si en efecto descansaron en Mazatlán, no es creíble que la naturaleza sola los haya expulsado de tan placentera comarca. Se diría que tuvieron que buscar afanosamente la tierra de nadie, la que nadie quería por pantanosa y difícil. En la lucha por domeñarla, la nación adquirió aquella musculatura guerrera que luego le permitiría alzarse con un grande imperio. En las narraciones de Fray Diego Durán (*Historia de las Indias de Nueva España y las Islas de Tierra Firme*, siglo XVI) se recoge la leyenda sobre la fundación de la ciudad lacustre, oímos la arenga del jefe sacerdote contando a su pueblo la revelación que en sueños ha recibido y vemos a los hombres lanzarse a buscar, entre charcas, tulares, espadañas y carrizales, el peñón donde ha nacido el tunal brotado del corazón del jefe enemigo, y donde ha de posar el águila de los destinos. Encontrado el augurio, se fabrica en torno un asiento cuadrado y una tosca ermita de fango y paja "que cogían de la misma agua, porque de presente no podían más".

Volvamos al hombre neolítico. Las primeras agrupaciones de moradas no sólo requieren defensas naturales, sino que se acompañan con defensas mágicas y por otra parte suponen ciertas fuerzas de cohesión que hoy nos parecen verdaderas anomalías. Así como —en época más remota— la anomalía del canibalismo pudo contribuir a la paulatina determinación de la forma humana, otro equívoco de las costumbres pudo favorecer, dentro del grupo, el desarme de la ferocidad primitiva. "Aun la predominancia de cierta anomalía en las costumbres puede encontrar su etimología en algún proceso previo de la historia. Se ha afirmado que, en los orígenes sociales, la homosexualidad de los machos puede haber obrado para mitigar los celos destructores por la disputa de la hembra, y la estela puede seguirse hasta los hábitos espartanos y la organización de las huestes de

Epaminondas . . . Acaso la patria de Coridón sea Neandertal. Se ha atribuido al antecedente del matriarcado la modalidad erótica a que Lesbos ha legado su nombre." (A. Reyes, *El Destinde*, III, 10.)

Las defensas mágicas aparecen relacionadas con el culto del totem o animal sagrado de la tribu, y con las oscuras luchas y conspiraciones de los grupos varoniles contra el primitivo dominio del matriarcado. El matriarcado es otra de las fuerzas cohesivas a que nos hemos referido, y aunque destinado a la derrota, deja como herencia en el estado varonil la asamblea familiar o reunión por vínculos de sangre reales o artificiales. De la lucha contra el matriarcado queda un eco en *Las Euménides* de Esquilo. Allí, defendiendo a Orestes, vengador de su padre y matador de su madre, dice Apolo: "No es la madre engendradora del que llaman su hijo, sino sólo nodriza del germen sembrado en sus entrañas. Quien con ella se junta es el que engendra. La mujer es como huésped que recibe en hospedaje el germen de otro y le guarda, si el cielo no dispone otra cosa." Y el coro, que habla en nombre del antiguo régimen del mundo, exclama: "Tú derribaste todo el edificio de las antiguas leyes . . ."

"Uno de los fenómenos más curiosos en la historia de la civilización es el matriarcado, cuya existencia fué desconocida hasta la segunda mitad del siglo anterior. Ya el más antiguo de los historiadores, Herodoto, 'padre de la historia', habla de estados o señoríos de mujeres (ginecocracias), las legendarias repúblicas de amazonas. Y también refiere las extrañas costumbres de determinados países, como Licia y Egipto, donde aparece invertida la división del trabajo entre los sexos, y donde no llevaban los hijos el nombre del padre, sino el de la madre. En aquellos países dedicábase el hombre principalmente a las labores domésticas, mientras la mujer ejercía su actividad fuera del hogar. Estas cosas se consideraban como curiosidades históricas, excepciones misteriosas de la común norma social. Tanta mayor hubo de ser la impresión que produjo la obra del jurista basileense y fundador de las investigaciones sobre derecho comparado, Juan Jacobo Bachofen, intitulada *El matriarcado* y publicada en 1861. Con aplicación verdaderamente asombrosa había tenido en cuenta Bachofen todas las referencias de contenido mitológico que acerca del tema se encuentran en la literatura grecolatina. Sobre el cimiento de este inmenso material, depurado con genial agudeza, afirmó Bachofen su teoría del matriarcado. Según ella, la humanidad vivió primitivamente en comercio sexual irregular (teoría de la promiscuidad). En las hordas de la humanidad primitiva mez-

clábense al principio hombres y mujeres obedeciendo al capricho y a la ocasión. No existía la familia paterna de nuestros días; antes bien la promiscuidad produjo la familia materna, ya que la paternidad era desconocida o incierta, mientras que la maternidad estaba documentada en la evidencia del parto. Según Bachofen, ésta es la causa de que todos los pueblos y razas hayan pasado primero por la promiscuidad primitiva, y luego por la fase de la familia materna, del matriarcado. Esta fase, empero, coincide con la de los mitos y la adoración de espíritus y demonios; es una fase de salvajes instintos primordiales, y al mismo tiempo, llena de un simbolismo fantástico y de un acentuado arraigo en la tierra. Por entonces surgió la primitiva deidad maternal, la Tierra omnimaternal, en la forma de Deméter y otras diosas análogas. Tras larga lucha, que se refleja en algunos de los mitos más conocidos como la fábula de Orestes, erigióse sobre el matriarcado el patriarcado, que estableció un orden social más elevado, sustituyendo la razón al instinto. Con ello efectúa la humanidad el tránsito del amanecer del mito al resplandor claro de la historia. Y en el lugar de la deidad omnimaternal y de los temibles demonios de la noche, hizo su aparición Febo-Apolo, el dios del sol y de la luz." (P. Krische, *El enigma del matriarcado*, tr. R. de la Serna. Madrid, *Revista de Occidente*, 1930. Introd.) Esta teoría fué luego popularizada por Morgan e importada por Engels a la sociología socialista. Después ha sido recortada en sus excesivas ambiciones, pues no parece que el proceso haya sido siempre igual ni en igual sentido, y aun hay quien crea demostrar que ha habido en distintos grupos oscilaciones y alternativas, de que el feminismo contemporáneo sería el último eco. Frecuentemente, los antropólogos han caído en la extralimitación de conceder el orgulloso nombre de matriarcado a la mera autoridad interna y familiar que por obvias razones siempre se ha reconocido a la mujer sobre los hijos de corta edad, autoridad que siempre también fué compatible con el sometimiento al hombre, en todo lo que afecta a la organización del grupo social.

En cuanto a la función de la magia en aquella sociedad primitiva, y tras de rendir un tributo a las magistrales investigaciones de Lévy-Bruhl, autoridad suma en cuanto afecta a las formas de la mentalidad naciente, Weber resume así las actuales conclusiones científicas:

"Pero ¿qué es lo que entendemos por magia a este respecto? No se crea en manera alguna que mediante esta palabra vamos a entenderlo todo ya, sin más; es decir, no se crea que con esta palabra vamos a entender en seguida por qué los primeros pueblos matriarcales, cultivadores de plan-

tas, aparecen en todas partes en un peculiar sistema exogámico de dos grupos, independiente del parentesco; ni tampoco que vamos a entender por qué domina desde el comienzo entre esos pueblos la práctica de la caza de cráneos y del culto a las calaveras, a lo cual se liga además frecuentemente el canibalismo, así como las danzas de máscaras que se derivan de dicho culto a las calaveras. Es posible que otras características puedan ser hechas comprensibles de modo racional, sin más (por ejemplo, las ligas secretas de los hombres, en los territorios donde impera el matriarcado, como reacción contra la influencia gineocrática); es posible también que el culto al sol, propio de los cazadores de régimen patriarcal, así como el culto a la luna, propio de los plantadores sometidos a matriarcado, puedan ser aclarados directamente. Pero en cambio el totemismo característico del derecho de los pueblos cazadores, junto con todos los fenómenos sociales y con todas las supersticiones ligadas a él, es decir, la cerrada y tabuística agrupación del clan bajo un totem, del cual se desciende, lo mismo que otras cosas parecidas, es algo que escapa a nuestra comprensión, ni más ni menos que lo que ocurre con el canibalismo o con el culto a las calaveras. Y no obstante, ese totemismo, así como también el conjunto de todas las demás supersticiones enigmáticas, está ahí desde centenares de miles de años antes de nuestra época; podemos decir que está ahí en la medida en que podemos conocerlo por los datos depositados, fijados y transmitidos en monumentos, en cosas legadas y en documentos. Se trata precisamente de fenómenos que se presentan con una enorme constancia histórica. Pues bien, en su gran masa, aquellos fenómenos cuya esencia no puede ser comprendida racionalmente son designados, de modo enteramente oscuro, como magia. A pesar de la copiosa literatura sobre este tema, no ha habido hasta ahora ningún camino racional que haya conducido a entender cabalmente la maraña de la estructura social de los primitivos; sus vínculos totemísticos, no sólo con animales sino también con piedras y árboles, sus fantásticas formas matriarcales y sus usos, sus deformaciones dentales (y *craneanas*), las narices taladradas, las desfiguraciones de los labios, los tatuajes de cicatrices, la covada (o *echada del hombre mientras la mujer está encinta*) y otras mil costumbres, que se nos antojan como disparatadas para nuestro intelecto, pero que para ellos poseían un profundo sentido." (A. Weber, *Historia de la cultura*, tr. L. Recaséns Siches. México, Fondo de Cultura Económica, 1941, págs. 27-28.)

La estabilización preurbana desarrolla las instituciones regulares y organiza el grupo bajo la obediencia de un jefe: orígenes del gobierno.

Más por entre los grupos sedentarios circulan los residuos de cazadores nómadas, perturbando la tranquilidad de los primeros establecimientos y sobresaltándola con sus costumbres feroces, y también los pastores nómadas en busca de alimento para sus ganados, ya lo brinde el suelo de suyo o ya lo arrebatan a los primeros pueblos agricultores. De tiempo en tiempo, se les verá, en la historia, caer codiciosamente sobre las fundaciones ajenas, o mantenerse junto a ellas como excrescencias irregulares y más o menos parasitarias, en tanto que sobreviene la expulsión y emprenden nuevos y fatigosos viajes en busca de otras regiones, que sus profetas acabarán por presentarles como tierra prometida, a la que tienen derecho según ciertos pactos con la divinidad.

Según el temperamento de los hombres y aun de las culturas, se tiende a buscar un desquite contra los errores de la vida actual en la contemplación del pasado o en la prefiguración del porvenir, en la supuesta edad de oro del candor primitivo, o en la esperanza utópica. Seguramente que la ciencia nos presenta el mundo de los primeros hombres como un verdadero infierno. Pero la vieja tradición humanística, no sólo en sus manifestaciones poéticas sino en algunas concepciones sociológicas, tal la teoría del "buen salvaje" popularizada por Rousseau, ha tendido a concebir la infancia de la humanidad como un verdadero paraíso. Daremos un ejemplo de la objetividad medieval, y luego recordaremos otro en que la cultura renacentista se carga ya con los adornos subjetivos de la imaginación pagana.

"Primeramente los homnes nõ creíen en Dios nin teníen creencia ninguna, nin oraban a él nin a otra cosa, nin habíen mujieres apartadas, nin cataban en haber fijos conosgudos, nin casaban... et vivíen más a maneras de costumbres de bestias que non de homnes... ca luego que habíen fambre et sed comíen et bebíen cada que les tomaba ende sabor, como facen agora et ficieron siempre las otras animalias, que nin entienden nin han razón de se guardar ende.—Et estos homnes de aquellos tiempos et daquellas costumbres nin plantaban árboles nin aun non criaban losque fallaban plantados dotri o que se nacieron ellos por los montes, nin labraban por pan nin por otra cosa ninguna, nin facíen sembranza de que cogiesen dond visquiesen (*de que viviesen*). Et el su comer era de las frutas de los árboles que fallaban por los montes et de las hierbas; et lo más que facíen para mantener vida era que se acogíen a criar ganados et a haberlos, et bebíen agua et de la leche de esos ganados; et aun estonces non sabíen la natura de facer el queso.—E non vístíen vestidura ninguna

como los de agora; más los unos ayuntaban con hierba et con yuncos como podien de las foias et de las cortezas de los árboles et cubrien de ello si más si non las cosas vergonzosas. Los otros, de pellejas de bestias et de venados que mataban ellos o que fallaban muertos, et otrosí de sus ganados cuando murien, et vistiense de esto. Et estos aun estonces non habien casas ningunas, más moraban en cuevas et so las peñas et so los árboles o las montañas que eran muy espesas... Enpós estos homnes primeros vinieron otros, et entendien ya más las razones en las cosas... Et tomaron de las lanas de los ganados et dotros cabellos de bestias para guisar de ello de vestir, et asacaron de facer ende liñas et torcerlas con unos fustes picayos que son corvos en somo. Et ayuntando las unas con las otras et enlazándolas otrosí, texienlas con dedos et con fustes como mejor podien, así como veien enlazadas et texidas en las foias et en las cortezas et en las raíces de los árboles et de las hierbas unas venas que van por ellas et parescen a las veces... Los que esto facien por razón del vestir mesuraron que mejores moradas podien haber que las que habien, et asacaron más sobre esto et hobieron maderos que arrimaron a las peñas et a los grandes árboles et cubrienlos de los ramos de los árboles et de las hierbas, et ficieron ende como chozas en que morasen; et estas compañías comenzaron ya a labrar la tierra, et sembrar et coger dond visquiesen, et plantar árboles et comer de las carnes de las otras animalias et de las aves..." (Alfonso el Sabio, *General Estoria*, 1ª parte, III, x y xi.)

"Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. * Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro arti-

* Las palabras "mío" y "tuyo", dice San Crisóstomo, extinguieron en los corazones el fuego de la caridad.

ficio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle y valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquéllos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van agora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la veracidad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que lo osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y su propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta... Toda esta larga arenga, que se pudiera muy bien escusar, dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron a la memoria la edad dorada. Y antojósele hacer aquel inútil razonamiento a los cabreros que, sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando." (Cervantes, *Quijote*, I, xi.)

El discurso de la edad de oro, tema que parte de Hesíodo y cruza la literatura latina por Virgilio y Ovidio, está propuesto, como muchos otros soliloquios de Don Quijote, en tono burlesco y a imitación de las declamaciones escolares, llenas de adjetivos y requilorios. Pero es lugar clásico de referencia sobre los arrobamientos ante la vida primitiva.

5. *Los procesos indecisos.*
Primitivas estratificaciones y mentalidad primitiva.

Los anteriores procesos sólo son indecisos por nuestra ignorancia, pero no por su naturaleza. En épocas relativamente determinadas, cada grupo descubrió ciertas técnicas artísticas, se hizo agricultor, fundó poblaciones, etc. Y aun el remotísimo descubrimiento del fuego voluntario aconteció cierto día y a cierta hora. En cambio las evoluciones de tipo mental, normas morales, rudimentos científicos, aun cuando dejen algunos rastros materiales, conservan dentro de la vaguedad con que la prehistoria marca sus hitos una vaguedad mayor aún, primero por ser de orden algo inefable, y segundo por su lentísimo desarrollo. Es posible que el lenguaje mismo, con el fuego, haya aparecido, siquiera en embriones, desde aquellos esbozos de hombre que son la pesadilla terrible de la ciencia. Pero ¿cuándo vino a ser lenguaje? Tales son, pues, los procesos indecisos, factores determinantes en la cultura de los grupos humanos. Ahora bien, de todos los criterios intentados para valuar a los grupos humanos el único real y eficaz es el criterio de la cultura. Los demás criterios establecen estratificaciones aparentes y provisionales, que sólo se sostienen con referencia a un punto de vista limitado o a una época también limitada.

Tipo de estas falsas estratificaciones es la teoría de las razas, científicamente rechazada, y cuyo absurdo algunos tratan de escamotear por fraccionamiento en nociones de troncos étnicos, razas en un sentido relativo y castas. De este modo, dosifican el absurdo pero no lo eliminan. Pues los troncos étnicos siguen siendo una noción absolutamente mitológica, sin sentido alguno en la verificación empírica o en el rigor puro de la inferencia lógica; las relativas razas, aun despojadas ya de la antigua y orgullosa inmanencia, confiesan por definición su validez provisional y aparente; y las castas, si es que algo significan, se resuelven en la comunidad cultural, única noción consistente.

Todos admitimos que hay un tipo blanco, un tipo negro, un tipo mongólico y uno indígena americano. Pero esto de modo general, en un sentido meramente descriptivo de las realidades actuales y transitorias, y de una manera global y al mayoreo, sin afinar demasiado en cuanto a los casos individuales y a las personas, pues entonces volvemos a perdernos en el dédalo de los cruces y mestizajes incontables. Es decir, que es ello admisible para el golpe de vista del sentido común, "a ojo de buen cubero",

como dice la gente, y para sacar consecuencias de tan corto alcance que casi no sirven de nada.

Si ahondamos un poco en el problema, comienzan a aparecer las dudas.

En primer lugar, no hay un solo grupo que pueda llamarse puro, y acaso dentro de cada grupo aproximado no hay un solo individuo que responda al paradigma teórico. En segundo lugar, los cuadros de clasificación se alteran en cuanto se muda el factor determinante o dato principal que sirve para ordenarlos: color de la piel, color de los ojos, implantación de los ojos, color del cabello, contextura del cabello, forma craneana, ejes faciales, labios, nariz, mandíbula, talla, disposición vellosa, etc. En tercer lugar, ninguno de estos datos aislados puede dar luces sobre el estado más o menos avanzado de la evolución biológica; y la combinación de estos datos, que es lo único que encontramos en los casos reales, de tal modo neutraliza cualquier conclusión unilateral, que sólo sacamos en limpio el que todos los grupos ofrecen el mismo grado medio de evolución y son equidistantes. En cuarto lugar, la teoría de la selección social o mayor vitalidad de adaptación no concluye nada, porque cada grupo es el más apto dentro del ambiente en que se ha criado, y ningún ambiente es biológicamente superior a otro, sino que sólo caben aquí categorías de adaptación ecológica, que a la postre se resuelven en culturales. En quinto lugar, y puesto que no puede hablarse de categorías vitales, tampoco queda el recurso de apelar a una jerarquía de orden místico, que cada uno tiene igual derecho de reclamar para sí. En sexto lugar, el éxito histórico ha sido muy mudable en la historia para que lo consideremos como referencia fija, y es asunto de oportunidad y de dotación cultural. En séptimo lugar, la experiencia muestra que la oportunidad y la cultura iguales determinan también una aptitud intelectual media y nivelada. La eficiencia mental no es función de los llamados tipos étnicos, y ya el inventor de los "tests", que fué Sócrates mucho antes que Bain, puso a resolver un problema de geometría a un esclavo, por añadidura negro, para demostrar la uniformidad de las aptitudes humanas. En octavo lugar, estas estratificaciones artificiales suponen un estatismo irreal en el fenómeno humano y desconocen su genética y su dinámica. Pues, en cuanto a la génesis, ni siquiera sabemos si hubo uno o varios grupos originales, que por definición serían de familias endogámicas; pues, a poco que se vuelven exogámicas, como todas a la larga se vuelven, ya no puede hablarse de pureza. Y, por cuanto a la dinámica, sí sabemos, en cambio, que las mezclas de grupos datan de una

antigüedad que hace irrisorias nuestras fotografías instantáneas del presente. Todo grupo es ya en sí una suma artificial de heterogeneidades particulares, y las mismas familias primitivas crecían, no sólo por multiplicación interior, sino por adopción de extraños. En suma, se trata de un fenómeno inconmensurable, al que no se le puede aplicar medida que no sea para fines inmediatos y relativos de propaganda patriótica o política. Y aun en este caso, la relativa determinación de los grupos resulta: 1º, de la convivencia en un medio, lo que por ejemplo influye sobre el carácter más aparente, o sea la pigmentación de la piel, que es mero efecto de la actividad de los rayos solares en las distintas regiones; 2º, de la comunidad del acervo cultural que se disfruta; y 3º, de modo general, de las condiciones institucionales o históricas del grupo en cuestión.

Todo se reduce, pues, a historia y cultura; y en último análisis, a cultura; la cual, a su vez, se revierte en órdenes mentales. Según decía Freeman con muy buen acuerdo, así como de la lengua no puede concluirse la raza, pues a lo más que la lengua puede aspirar en este concepto es a establecer, a falta de datos mejores y salvo ulteriores enmiendas, una presunción de raza, así de lo que se llama raza no puede concluirse más que una posible y rectificable comunidad de sangre, y esto todavía a pocas generaciones vista. (E. A. Freeman, "Raza y lengua", en la 3ª serie de los *Ensayos Históricos*, 1879.)

Devueltos, pues, al criterio de los órdenes mentales, si tratamos de analizarlos en el primitivo, será fuerza conformarnos con el testimonio de las sociedades atrasadas que todavía existen, y desde ahí alargar conjeturas hacia el pasado. Lo cual puede ser engañoso, pues algunos grupos más que atrasados pueden ser decadentes. Hay toda una biblioteca de documentos al respecto, entroncada por decirlo así en los clásicos estudios etnográficos de Frazer e interpretada filosóficamente por Lévy-Brühl. Es difícil reducir a principios una exégesis tan compleja. Acaso pueda intentarse así:

I. Homogeneidad esencial de todos los seres y objetos en la representación mental del primitivo, que antropomorfiza y concede virtud mística a piedras, árboles, animales y hombres, con la posibilidad de prestarse mutuamente su fuerza y sus formas y la imposibilidad de concebir nada como puramente material o puramente espiritual.

II. Sobre este plano de fondo, opera la disyuntiva entre el individuo y el grupo, imperfectamente diferenciado el primero, y el segundo su-

mergido íntimamente en el conjunto de la naturaleza. De que resulta la solidaridad de los individuos, incapaces de desvincularse del grupo, grupo sostenido por un genio vegetal o animal, bajo el mandato del jefe y en escala de jerarquías necesarias; la asociación casi orgánica entre los individuos del grupo con las convenciones rituales que hacen posible el matrimonio, con el principio de las venganzas, la responsabilidad colectiva, la sustitución indiferente de personas, la propiedad comunal entre vivos y muertos del grupo, la inmanencia del grupo en el individuo.

III. Términos indecisos de la individualidad, confundida con sus pertenencias inmediatas, y acción sobre estas pertenencias como si fueran la persona misma. Sombras, imágenes, reflejos son participaciones de la personalidad. Multiplicidad de apariencias y presencias del individuo, generalmente reducidas al desdoblamiento simultáneo o alternante.

IV. Disyuntiva de la vida y la muerte muy diferente de la actual, en que el niño no existe mientras no es integrado en el grupo, en que se admiten formas de muerte y renacimiento en vida, se concede al viejo perduración sobrenatural que infunde respeto, se considera la muerte contagiosa y como mala influencia que debe neutralizarse, se admite la supervivencia después de la muerte física en un sentido todavía físico que obliga a conservar al difunto en sus propiedades o a conceder prestigio a sus reliquias, o lleva por el otro extremo a destruir los bienes del difunto, calificando de diverso modo la suerte reservada a la viuda; se cree en la posibilidad de obrar sobre el muerto mediante su cadáver, ya aniquilándolo, esclavizándolo, propiciándolo, evitando su posible maleficio o reaparición espectral en figura humana o de fiera. De aquí una extraña imagen del otro mundo como un mundo al revés, y una no menos extraña distinción entre supervivencia e inmortalidad, o la posibilidad de que el muerto muera todavía varias veces en la otra vida hasta llegar, por mutilación corpórea, a una muerte definitiva; reencarnaciones, etc.

Asomémonos un instante a la psicología comparada entre la mente humana primitiva y la actual: "La psicología arcaica no es solamente psicología de los primitivos, sino también del hombre moderno y civilizado. Pero no es psicología que estudia ciertos fenómenos de retroversión en la sociedad moderna, sino más bien de todo hombre civilizado, el cual a pesar de su altura cultural es todavía, en las capas más profundas de su psique, un hombre arcaico. Así como nuestro cuerpo sigue siendo el cuerpo de un mamífero, que contiene una serie de reliquias muy anteriores de animal de sangre fría, así es también nuestra alma un producto de la evo-

lución, que todavía muestra infinidad de arcaísmos, si llegamos hasta sus orígenes. Desde luego, al entrar en íntimo contacto con el primitivo o al estudiar obras científicas sobre la psicología primitiva, se recibe al principio una impresión profunda de la extrañeza del hombre arcaico. Hasta Lévy-Brühl, autoridad en psicología primitiva, no se cansa en acentuar en toda ocasión esta extrañeza singular del estado prelógico de nuestra conciencia. Como hombre civilizado, le parece absolutamente inconcebible el modo del primitivo de desatender, desde luego, hechos experimentales notorios, negando las causas palpables, y que en lugar de buscar una explicación en la simple casualidad o en la casualidad racional, toma *eo ipso* sus representaciones colectivas por valederas. Bajo el nombre de representaciones colectivas comprende Lévy-Brühl ideas muy difundidas que tienen carácter de verdades apriorísticas, como por ejemplo los espectros, la hechicería, la curandería, etc. El hecho de que los hombres mueran por su avanzada edad o por enfermedades mortales es para nosotros completamente natural. Pero no lo es para el primitivo. Ningún hombre muere en su opinión por senectud. El objeta que ha habido gentes que han llegado a muchos más años. No hay hombre que muera a consecuencia de una enfermedad, pues otros muchos han sanado o no han sido afectados por ella. La verdadera explicación para el primitivo es siempre la magia. O acusa a un espíritu o a un hechicero de haber matado al hombre. Para muchos, la única muerte natural es la que ocurre en la guerra. Desde luego que para otros también esta muerte es artificial, puesto que suponen que el adversario era un hechicero o que empleó un arma hechizada. En ciertas ocasiones, esta idea grotesca adquiere formas mucho más impresionantes. Por ejemplo, cierto día un europeo dió muerte a un cocodrilo, en cuyo estómago se encontraron dos ajorcas de tobillo. Los indígenas las reconocieron como propiedad de dos diferentes mujeres que tiempo atrás habían sido devoradas. En seguida hablaron a gritos de hechicería, y a este caso absolutamente normal, que a ningún europeo hubiera parecido oscuro, los primitivos dieron, en virtud de sus supuestos espirituales (la representación colectiva de Lévy-Brühl), una explicación completamente inesperada: que un hechicero desconocido había conjurado al cocodrilo para que se apoderase de estas dos mujeres y las llevara a él, y que el cocodrilo había cumplido esta orden. ¿Y los dos anillos en el estómago del animal? Contestaron que los cocodrilos no comen hombres sin recibir orden para ello. El cocodrilo había recibido del hechicero los anillos como recompensa. Este caso precioso es una de las pruebas de la arbitrariedad de la ex-

plicación en el estado prelógico, y evidentemente la explicación nos parece absurda. Sin embargo, nos lo parece así tan sólo porque partimos de supuestos completamente distintos. Si estuviéramos tan convencidos como el primitivo de la existencia de hechiceros y otras fuerzas secretas, como lo estamos de las llamadas causas naturales, entonces su deducción nos resultaría completamente lógica. Realmente, el primitivo no es ni más lógico ni más ilógico que nosotros. Únicamente sus supuestos son otros..." (C. G. Jung, "El hombre arcaico", en la *Revista de Occidente*, Madrid, abril de 1931.) Inspirándose en puntos de vista muy semejantes, hay quien intenta remontar "el curso de las rutas mentales que desembocan en el pensamiento filosófico", para demostrar la continuidad del proceso entre el pensamiento lógico y el prelógico. (F. Graebner, *El mundo del hombre primitivo*.)

"Una escuela de antropólogos ha dedicado mucho tiempo y erudición a probar que los grupos incivilizados no piensan lógicamente. Esto es esencialmente cierto; el único error consiste en que otro tanto les pasa a los civilizados. Unos y otros pueden hacer uso de la lógica cuando ello les sea necesario para lograr determinados fines particulares, pero ni los civilizados ni los incivilizados hacen uso de ella habitualmente, ni, en condiciones normales, la usan para probar la consistencia mutua de los elementos de la cultura en que han sido criados. El deseo de reducir las ideas a un orden lógico probablemente está tan condicionado culturalmente como el de reducir las palabras a un orden determinado para hacer con ellas un poema. Se nos ha enseñado que la consistencia lógica es deseable, pero la mayoría de las veces tal cosa conduce sólo a que el individuo, no ya se sorprenda, sino que se resienta cuando se le señalan las inconsistencias de sus propias creencias. Después de todo, esta capacidad para la inconsistencia tiene sus ventajas. Es lo que permite a los hombres alcanzar sus personalidades integradas y al mismo tiempo sobrevivir en un medio ambiente inestable y en constante transformación. El raro individuo que sea de veras consistente en pensamiento y acción siempre será una carga para sus amigos y, si apura esta tendencia hasta su conclusión lógica, lo más probable es que termine sus días en un manicomio." (Linton.)

(Concluirá.)